

Relaciones internacionales de los dos bandos. La intervención extranjera en la guerra civil española

Sin duda, la guerra civil española ha sido uno de los acontecimientos que más polémica ha levantado entre los historiadores contemporáneos, que la han interpretado desdej como una cruzada contra el comunismo, hasta como una lucha contra el fascismo, pasando por considerarla como antecedente inmediato de la segunda guerra mundial o como un suceso puramente interno. Sin adentrarnos en esta polémica, que excedería con mucho los límites de este trabajo, la hipótesis más acertada parece ser, coimo en la mayoría de los casos, la que conjuga unos y otros elementos, es decir, lo que se inició como un suceso interno, derivado de causas específicamente españolas, degeneró, al amparo de las circunstancias internacionales y de la ayuda exterior a uno y otro bando, en un acontecimiento internacional. Precisamente, este último aspecto, el de la intervención extranjera, ha sido y es uno de los más controvertidos, si bien, a la luz de las últimas investigaciones, ya resulta posible plantear sin eufemismos un estado bastante aproximado de la cuestión.

I. Antecedentes

En cualquier caso, para comprender la actitud de las potencias ante la guerra, amén de las circunstancias internas de cada una y los condicionamientos derivados de la coyuntura internacional, es preciso valorar el alcance de los compromisos contraidos por los gobiernos republicanos o la ausencia de ellos. Por ejemplo, ha solido destacarse el desamparo en que el recién elegido gabinete frentepopulista francés dejó a su vecino español, si bien, la explicación de esta actitud, aparte de en la situación interna de la propia Francia, tal vez haya que buscarla en la oportunidad perdida por Azaña al no tomar en serio la visita del entonces jefe del gobierno francés, Herriot, a España en noviembre de 1932. Algunos historiadores así lo han subrayado, aunque Tuñón, por ejemplo, apunte lo contrario. En cuanto a Gran Bretaña, la actitud adoptada por España a propósito de las sanciones a Italia tras su agresión a Etiopía, había puesto en entredicho la tradicional adscripción española al bloque franco-británico. España no

estaba dispuesta a ir más allá de los compromisos del Pacto de la S.D.N. y, aún en ese marco, la postura republicana se mostraba remisa a aceptar cualquier otro que pusiera en peligro lo que en la política internacional española había sido casi una religión: la neutralidad.

Si la República no podía esperar una gran respuesta de Francia y Gran Bretaña, que habían sido sus modelos como ejemplos prácticos de democracias occidentales, menos aún habría de hacerlo de los países con regímenes totalitarios. En el caso de Italia, la posición española de ceñirse al Pacto, aún con los intentos desviacionistas de los miembros cedistas del gobierno, había molestado también a Mus-solini, que hubiera querido un reconocimiento explícito de su derecho a actuar libremente en Abisinia. La visita de Herriot, por otra parte, había levantado las sospechas del Duce, temiendo que preludiase una colaboración hispano-francesa en el Mediterráneo -concretamente la utilización de Baleares y el paso de tropas coloniales francesas por España en caso de conflicto europeo. Las Baleares eran uno de los objetivos más apetecidos por Mussolini en su relación con España, que ha de entenderse siempre en función del elemento francés. El Duce, por tanto, no podía ser un aliado potencial del gobierno republicano. Había para ello motivos ideológicos, regímenes opuestos, temores a un avance del comunismo; políticos, la República no había considerado la petición italiana de renovar el tratado de arbitraje Ítalo-español de 1926; pero sobre todo había consideraciones tradicionales de política exterior: Mussolini temía la colaboración hispano-francesa en el Mediterráneo.

En cuanto a Alemania, a pesar de que la llegada de Hitler al poder marcó el inicio de un aflojamiento de las

relaciones hispano-alemanas, lo cierto es que, si dejamos al margen las tiranteces consecuentes a la divergencia de regímenes políticos, más clara en la opinión pública que en los propios gobiernos, España y Alemania mantenían unas relaciones fructíferas firmemente asentadas en intereses económicos recíprocos. La presencia de un Frente Popular en España, no pareció enturbiar este panorama, pero en el marco: de la política internacional, Hitler no tenía ningún interés en España. Por tanto, no había, a priori, motivos para esperar una intervención alemana en España ni una especial predisposición antirepublicana.

Con Portugal la situación era distinta. La República no había tenido una especial consideración hacia el vecino luso, aunque las relaciones oficiales se habían mantenido en el tono tradicional de amistad y cooperación que, preciso es reconocerlo, nunca pasaba de las palabras. En cambio, para Portugal, la presencia de un régimen contrario, el fantasma del federalismo y la ayuda de destacadas figuras republicanas a los conspiradores portugueses, habían reavivado el sempiterno temor al «peligro español». Salazar no ocultó desde el principio sus simpatías hacia los sublevados, es más, Sanjurjo vivió en Portugal durante todo el periodo de preparación del Alzamiento, y Gil Robles y Juan March establecieron sus cuarteles generales en Lisboa, coordinando desde allí, junto con Nicolás Franco, el apoyo financiero a la rebelión. El gobierno portugués trató más con ellos que con el embajador oficial, Sánchez Albornoz, y durante la guerra, Portugal se convirtió en una base, apenas disfrazada, de suministros para los insurgentes.

Finalmente, con la URSS, a pesar de lo que suele creerse, el Frente Popular no había contraído ningún com-

premio concreto. El avance del comunismo en España fue más una consecuencia del desarrollo de la guerra, que del triunfo en sí del Frente Popular,

En definitiva, la República no estaba asegurada internacionalmente, aunque hubiera cabido esperar un apoyo mayor del que tuvo por parte de Francia y de Gran Bretaña y sobre todo de la Sociedad de Naciones, donde sí desempeñó un papel efectivo, si bien el alcance de la Liga ya había sido significativamente puesto a prueba por la crisis etíope y la remilitarización de Renania. Precario refugio para los gobiernos frentepopulistas.

Por el contrario, los rebeldes sí habían mantenido contactos previos con Italia y Alemania, bien entendido que aunque esto no supone un conocimiento previo en ambos países de los planes del Alzamiento ni una participación directa de sus gobiernos en los preparativos de la insurrección, sí se habían establecido unos cauces que serían posteriormente eficazmente utilizados. En el caso de Italia, la hostilidad inicial del Duce hacia el régimen republicano, le había llevado ya a colaborar con los partidarios de Sanjurjo para derrocarlo. En abril de 1932, Italo Balbo, Ministro del Aire, recibió en Roma al conspirador monárquico Juan Ansaldo, asegurándole ayuda italiana para el pronunciamiento de Sanjurjo. El material -preparado y embarcado- no llegó nunca a los rebeldes por fracasar rápidamente la insurrección. José Antonio Primo de Rivera también fue a Roma en el verano de 1933, pero ni éste ni otros contactos con grupos filo-fascistas españoles -Ansaldo volvió a Roma con Calvo Sotelo en el otoño de 1933- dieron resultados prácticos a corto plazo.

Sin embargo, el precedente más aireado de esta «conspiración italiana»

contra la República, fue el acuerdo con los monárquicos de marzo de 1934. Antonio Goicoechea, líder de Renovación Española, Antonio Lizasoain Iribarren y Rafael Olazábal, dirigentes tradicionalistas, y el general Barrera -que había estado en Roma en 1932 en busca de ayuda para la Sanjurjada- solicitaron el concurso de Mussolini para derrocar a la República. Este acuerdo salió a la luz pública en 1937, y ha constituido un argumento generalmente esgrimido para demostrar la complicidad italiana en el Alzamiento, siendo, en cambio, una prueba de que más que motivaciones ideológicas -el acuerdo se firmó tras la victoria electoral de la CEDA- el interés del Duce por España provenía de razones estratégicas y consideraciones de política internacional: en el acuerdo se incluía la garantía de que España mantendría el statu quo en el Mediterráneo occidental y de que se denunciarían, si existía, el tratado secreto franco-español. Ya a tenor de las conversaciones Balbo-Ansaldo, se había apuntado al Duce la posibilidad de conseguir Melilla para reforzar la posición mediterránea italiana.

Con todo, este acuerdo fue el principio del fin. Entre febrero y julio de 1936 no se habían restablecido los contactos de grupos derechistas, interrumpidos en 1934. Coverdale demuestra que el Duce no conocía los preparativos del Alzamiento, aunque sí se le envió un mensaje que no pudo salir de Barcelona.

Este desconocimiento era aún más acusado en el caso alemán. Viñas ha subrayado, no sólo la indiferencia de Hitler hacia España, sino la espontaneidad de la ayuda alemana, decidida personalmente por el Führer, y cuyas motivaciones derivan también más de las necesidades de la política exterior alemana y de consideraciones estratégicas, que de motivos económicos,

como generalmente se venía admitiendo, tácticos o políticos.

Se habían solido destacar también las visitas de personajes políticos españoles a Alemania. La más conocida es la de Gil Robles que, desde el punto de vista alemán, tuvo escasa importancia a pesar del alcance político que se le dio en España. Más significado tuvo, en cambio, la de Ángel Herrera, director de *El Debate*, aunque, como Gil Robles, también abandonaría Berlín sin ver a Hitler, y sobre todo la de José Antonio Primo de Rivera, que sí consiguió entrevistarse con el dictador, aunque no obtuvo subvención para su partido. Ahora bien, de todas estas visitas, la única que puede relacionarse con los preparativos del Alzamiento es la de Sanjurjo, en la primavera de 1936. Sin embargo, Viñas demuestra que, aunque en ella se fraguaron indiscutiblemente los cauces por los que posteriormente se canalizó la ayuda alemana a España, esto no ha de confundirse con una participación oficial alemana en los preparativos del 18 de julio. La tesis de Viñas es que Sanjurjo no entró, o lo hizo sólo marginalmente, en contacto con los círculos oficiales alemanes -de ahí la ausencia de rastros de esta visita en la documentación oficial, consultada por Viñas- y que, en cualquier caso, del viaje no derivó una ayuda material inmediata. Subraya especialmente Viñas el papel jugado por Veltjens -expulsado del partido nazi por el propio Hitler- a través del cual Mola obtendría después material alemán.

II. Primeros contactos

Así las cosas, el primer Gobierno al que se dirigió la República fue al de Francia. En la noche del 19 al 20 de julio de 1936, es decir, casi dos días

después de que se anunciara el Alzamiento, el recién nombrado Jefe del Gobierno español, José Giral, dirigió un telegrama al Primer Ministro francés, León Blum, solicitando ayuda para la España republicana. Era de esperar que un Gobierno frentepopulista defensor de los mismos principios democráticos apoyase a su vecino en apuros. Sin embargo, factores internos y ^consideraciones de política internacional dificultaron esta intervención. En efecto, el Gobierno frentepo-pulista francés estaba dividido internamente y su situación era precaria; a esto hay que añadir un argumento de política exterior: hacía sólo cuatro meses que Alemania había ocupado Renania sin oposición y Francia no podía permitirse el lujo de enfrentarse aislada a una Alemania rearmada. Su seguridad dependía de Gran Bretaña, y ésta había aceptado la disculpa alemana ^la violación francesa de Locarno al pactar con la URSS en mayo de 1935- para su acción renana. Si Francia no se había arriesgado por el Rhin a una guerra con Alemania, ¿por qué había de hacerlo por España?

El 25 de julio -a pesar de la reunión de Blum el día anterior con Fernando de los Ríos, enviado por Giral, que desconfiaba del embajador español Cárdenas- el Consejo de Ministros francés anunció que rechazaría la solicitud de armas presentada por el Gobierno español el 19 de julio y que Francia había decidido «no intervenir en modo alguno en el conflicto interno de España», si bien ese mismo día se buscó un nuevo cauce, acudiendo a una cláusula secreta del tratado comercial que en 1935 habían firmado Francia y España. De este modo, aunque «oficialmente» no se enviaran armas a España, privadamente nada impedía que se comprasen pertrechos a las fábricas militares francesas. El día siguiente el Ministro del Aire, Pierre

Cot, recibía el encargo de gestionar los envíos de material militar a través de México, y en la embajada española en París se montó un comité para canalizar la ayuda. Pronto se hizo innecesaria la ficción del envío a través de México, y al menos 37 aviones franceses llegaron entre fines de julio y el 17 de agosto a Barcelona. También se reclutaron técnicos y estrategas.

Respecto a Gran Bretaña, el 26 de julio de 1936 López Olivan, que días antes había presentado sus credenciales como nuevo embajador de la República en Londres, visitó a Edén, con instrucciones concretas de su Gobierno, y le preguntó si habría inconveniente en que la República adquiriese armas a Gran Bretaña. La respuesta fue que el Gobierno británico no se opondría a la venta de aviones civiles y que cualquier solicitud de compra de armas sería considerada con interés. Sin embargo, desde el primer momento Gran Bretaña quiso manifestar su intención de neutralidad, y de hecho las exportaciones de material bélico británico a España fueron mínimas.

Los factores que hay que barajar para comprender la actitud británica son diferentes a los franceses. En efecto, Gran Bretaña, más fuerte militarmente que Francia, tenía fuertes intereses económicos en España, y tampoco hay que olvidar sus intereses estratégicos en el Mediterráneo. Ahora bien, aunque la opinión pública inglesa estaba fuertemente dividida, la clase política ofrecía un bloque más compacto que en el caso francés. En efecto, ni siquiera los laboristas apoyaron con decisión la intervención. El Gobierno conservador de Baldwin no tenía ninguna intención de abandonar la política de apaciguamiento que había sido la tónica de la acción británica durante la década de los treinta, era

instintivamente favorable a los insurgentes y gozaba, en contraste con Francia, del apoyo de las clases adineradas que tenían grandes inversiones en ambas zonas. Todo ello propició la política oficial de no compromiso que encubría, según Jackson, un disimulado deseo de victoria rápida de los generales, porque «los conservadores británicos tendían a asumir que los volubles españoles necesitaban una mano firme que los gobernara».

En cuanto a la actitud de la Unión Soviética, se ha dicho que aunque «sin Rusia, la República española no hubiera podido resistir; con Rusia, no fue capaz de vencer». Tal vez esta frase sirva para resumir la actitud de un Estado con el que la República, no se olvide, ni siquiera había mantenido relaciones diplomáticas oficiales. Realmente, a pesar de la polémica que ha rodeado este aspecto, la actitud de Stalin no fue muy distinta de la de los restantes gobiernos occidentales, es decir, vio en España un peón más en su juego de política internacional, si bien tuvo que matizarlo por las simpatías que se le suponían hacia un gobierno frentepopulista y por las actividades de la Komintern. En efecto, si la actitud oficial pasó sucesivamente de la neutralidad de hecho, si bien con manifestaciones de solidaridad y apoyo económico, a la ayuda militar paulatinamente creciente desde 1936 y a la inversa a partir del verano de 1938, hasta el abandono total, la Komintern y el Profintern se mostraron, en cambio, mucho más activos desde los primeros momentos. El 21 de julio de 1936, representantes de ambos se reunieron en Moscú y decidieron apoyar urgentemente a la República. Cinco días después, en Praga, se acordó constituir un fondo de 1.000 millones de francos franceses y crear un ejército rojo internacional -procedente de las brigadas- de 5.000 hom-

bres. Un comité compuesto por Tho-rez, Togliatti, Largo Caballero, Dolores Ibárruri y José Díaz se encargaría de la administración. De este modo el Gobierno de Madrid recibió, de la Komintern, una ayuda no solicitada, desde los primeros momentos.

Los nacionales, por su parte, acordaron en primer lugar a Italia, mediante dos gestiones encargadas por Franco a Mola. En efecto, el 19 de julio de 1936, ante la presencia de unidades de la flota republicana en el Estrecho que impedían el paso de las tropas rebeldes a la Península, Franco entregó a Luis Bolín una nota en la que le autorizaba a gestionar en Gran Bretaña, Alemania o Italia la compra de aviones y material, concretamente «12 bombarderos, 3 cazas con bombas (y lanzabombas) de 50 a 100 kilos, 1.000 de 50 y 100 de unos 500». Bolín había encargado el alquiler del avión -el «Dragón Rapide»- que trasladó a Franco de Canarias a Tenerife para ponerse al frente del Alzamiento. El mismo día 19, y en el mismo avión, Bolín voló a Lisboa, donde se entrevistó con Sanjurjo, que dio el conforme a la nota de Franco. Sanjurjo prefirió volar a Pamplona en un avión más pequeño, y esto le costó la vida. El 20 de julio, Bolín voló a Biarritz, donde se entrevistó con Lúea de Tena y con el conde de los Andes, que prometió hablar con Alfonso XIII. Al día siguiente salió para Italia, donde se le uniría el marqués de Viana, enviado por el rey para allanar con sus amistades romanas el camino hacia el Duce. Franco, no obstante, había logrado antes convencer al cónsul de Italia en Tánger para que enviara un telegrama a

Mussolini solicitando los 12 bombarderos, pero la respuesta fue negativa. Finalmente, el 23 de julio-según

Schwartz- o el 22 -según

Coverdale-Ciano recibió a Bolín, prometiéndole una ayuda que al día siguiente, por

boca de su secretario Filippo Anfuso, le negó. Coverdale explica esto por el carácter irreflexivo y oportunista de Ciano.

Paralelamente, se había puesto en marcha la gestión de Mola con la reunión en Biarritz, en casa de Juan March, de los líderes monárquicos Antonio Goicoechea, Pedro Sáinz Rodríguez y Luis Zunzunegui, a quienes Mola enviaría a Roma. Schwartz desmiente que esta gestión se iniciase ante el fracaso de la de Bolín, y lo hace basándose en las fechas: según Schwartz, la primera entrevista de Bolín con Ciano fue el día 23, y la misión de Goicoechea fue decidida por Mola el 22. Si la versión de Coverdale es la cierta, este argumento no se sostiene. En cualquier caso, ambos coinciden en que fue la gestión de Mola la que decidió la ayuda, inclinándose Schwartz por pensar que Mola, más que interferir, lo que quiso fue reforzar la gestión de Franco, enviando a Goicoechea que ya era conocido en los círculos fascistas. El 25 de julio (Schwartz) o el 24 (Coverdale) Ciano recibió a los enviados de Mola, que le confirmaron el vínculo entre los sublevados y los firmantes del acuerdo de 1934, y entonces Mussolini aceptó enviar los 12 bombarderos, que salieron el 30 de Cerdeña rumbo a Melilla, con Bolín a bordo de uno de ellos. De su financiación se encargó Juan March.

En cuanto a los motivos que determinaron la decisión italiana, aunque se mantienen los de carácter político e ideológico generalmente admitidos, Coverdale insiste en los estratégicos y los tradicionales de política internacional (Mediterráneo/Francia) frente a los económicos, a los que da prioridad Schwartz. Hoy por hoy, no obstante, parecen decisivos, si no exclusivos, los comprobados por Coverdale, a los que ya nos hemos referido.

Por otra parte, ante la demor^a italiana, Franco encargó al coronel Beig-beder que se pusiera en contacto con el cónsul alemán en Tánger y que solicitara de Hitler los aviones que Mus-solini no acababa de enviarle. El cónsul mandó un telegrama al general Kuhlental, agregado militar alemán en Francia y Portugal, solicitando el envío de 10 aviones a Franco. La petición llegó a la Wilhemstrasse el día 23 de julio, pero ésta decidió no arriesgarse a complicar más la situación internacional. El día anterior, a 1^a vez que el telegrama, habían salido de Te-tuán el capitán Francisco Arranz y dos negociantes alemanes, Langheim y Bernhardt, para entrevistarse con Hitler y conseguir la ayuda. Lo hicieron y en muy pocos días. En efecto, el 24 estaban en Berlín y habían conseguido concertar la entrevista. En la noche del 25 al 26 de julio tendría lugar la reunión de Bayreuth, estando presentes Góring, el ministro de la Guerra, von Blumberg, y el almirante Canaris. Hitler envió 20 *Junkers-52* que llegaron a Marruecos el 28. Al mismo tiempo, se formó un «grupo turístico», al mando de von Scheele, integrado por ochenta hombres que salieron hacia Cádiz con 6 aviones *Heinkel* el 31 de julio, llegando el 5 de agosto a su destino^a. Más tarde fueron enviados ingenieros, mecánicos y más pilotos. En septiembre se enviaron otros aviones de combate, dos compañías de tanques, una batería aérea y algunos aviones de reconocimiento. A partir de ese momento cada semana enviaron 4 aviones de transporte, y cada cinco días un barco de carga.

En cuanto a los motivos de la decisión, tomada personalmente por Hitler, de intervenir en la guerra de España, Viñas ha demostrado que, como en el caso italiano, los decisivos serían los de carácter estratégico y táctico,

descartando los de orden técnico y militar, porque aunque Góring se refiriera a ellos en el proceso de Nürem-berg, se ha comprobado que el material enviado a España no fue especialmente novedoso; el factor ideológico, aunque importante, tampoco fue decisivo; y el económico, generalmente subrayado como en el caso de Italia, insistiendo en el interés alemán por el mercurio, el hierro, las piritas y otros minerales españoles necesarios para la industria de guerra, Viñas ha demostrado que la guerra no alteró básicamente los acuerdos comerciales existentes entre Alemania y España y claramente ventajosos a nuestro país. No obstante, reconoce que la evidente importancia de la exportación de piritas españolas -en cantidad y calidad-explica la primacía que han dado a este factor otros autores.

III. La Política de no intervención

A finales de julio ya se sabía en Francia que los rebeldes recibían ayuda de Italia. El 1 de agosto *L'Echo* de París publicó el aterrizaje forzoso en el Marruecos francés de un *Savoia* y el accidente de otro -ambos formaban parte de los 12 que Mussolini envió a Francia-. Ese mismo día se reunió el Consejo de Ministros francés y mientras el ministro del Aire, Pierre Cot, recibía la orden de empezar a enviar a España la ayuda prometida, el Gobierno anunció que, ante la evidencia de que otros países ayudaban a los rebeldes, había decidido urgir a Gran Bretaña e Italia para que se llegase a un acuerdo sobre las reglas comunes de no intervención.

El 2 de agosto, el embajador francés en Londres visitó a Edén, quien acogió la idea con satisfacción, proponiendo que se extendiera a Moscú,

Berlín y Lisboa. El 3, el embajador francés en Roma hizo a Ciano la misma propuesta, que también se llevó a Alemania. Alemania aceptó siempre que se extendiese a la URSS. El 6 de agosto Italia -que había entregado a España ese mismo día 17 aviones *De-voitine*-, después de consultar con Alemania, decidió adherirse al acuerdo, siempre que se evitase también la «intervención ideológica». No se llegó a un acuerdo sobre este punto, y se aplazaron las conversaciones. Ese mismo día la URSS contestó afirmativamente, pero poniendo la condición de que se hiciera también la propuesta a Portugal y rechazando toda responsabilidad sobre las actividades de las organizaciones proletarias con sede en Moscú, del mismo modo que Francia y Gran Bretaña se inhibían de los reclutamientos de fondos y voluntarios que se efectuaban desde París. En estas condiciones, el acuerdo de no intervención era de hecho un intento de regularla.

Así las cosas, se produce repentinamente un cambio en la actitud del Gobierno francés, que el 7 de agosto decide prohibir totalmente la exportación de material bélico a España, cerrando las fronteras al día siguiente. ¿Qué había ocurrido? Blum lo explicó por el fracaso de una gestión ante el Almirantazgo británico, pero parece que el factor decisivo fue la presión interna. Los radicales, puntal decisivo para el sostenimiento del Gobierno Blum, se oponían a la intervención y la prensa de derechas había desatado una violenta campaña contra ella. Si a esto unimos la actitud de Gran Bretaña, que no estaba dispuesta a dar motivos para que el conflicto se extendiese, la decisión francesa cobra sentido: Francia temía hallarse sola en un conflicto con Alemania, y a la vez temía provocarlo si apoyaba abiertamente a la República. También temía que la

intervención alemana e italiana en España proporcionase a ambas bazas importantes (Baleares en el caso de Italia, Canarias en el de Alemania, aunque esto resulta bastante improbable) de cara a un conflicto con Francia. A este respecto, se ha especulado mucho acerca de la presión británica sobre Francia: Gran Bretaña la dejaría sola en caso de que su intervención en España provocase un conflicto con Alemania. Esta es la opinión de Giral, sostenida también por Thomas y por Jackson, pero parece que no hubo tal coacción o que, en todo caso, pesó más la inestabilidad de la situación interna francesa.

Finalmente, el Quai d'Orsay elaboró una nota que definía los términos de la no intervención, que en los días 7 y 8 de agosto fue sometida a los principales gobiernos interesados. Madrid, ante la actitud de los «amigos franceses del Frente Popular», no pudo más que 'acatar la decisión y limitarse a solicitar que la política de abstención se aplicase rígida y unánimemente.

Sin embargo, aún quedaban cabos sueltos. Portugal puso tantas condiciones a la aceptación del acuerdo que de hecho quedó prácticamente al margen, aunque oficialmente lo aceptase. Gran Bretaña lo aceptó, pero empezó a considerar sus posibilidades en caso de que fracasara. Alemania, en principio remisa, lo aceptó al prevalecer la opinión de Welczeck: la negativa de Alemania perjudicaría a los rebeldes, puesto que Blum encontraría justificación para apoyar decididamente a la República. Italia accedió también, pero reiteró sus reservas sobre la intervención «ideológica y espiritual». La redacción de su nota escondía de hecho su derecho a intervenir de ese modo. En cuanto a la URSS, aunque el 23 de agosto Litvinov comunicó al embajador francés

en Moscú ía adhesión al acuerdo para evitar complicaciones internacionales, Stalin dio por hecha su política de contrarrestar la ayuda italiana y alemana. Se trataba no de asegurar la victoria de la República, pero sí de impedir la de los nacionalistas. Así se iniciaba el doble juego de la no intervención. El 3 de septiembre se habían adherido a la declaración francesa 27 naciones: Gran Bretaña, Italia, Alemania, Rusia, Portugal, el Benelux, Irlanda, Yugoslavia, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Albania, Rumanía, Austria, Estonia, Lituania, Polonia, Grecia, Turquía, Dinamarca, Noruega, Suecia y Finlandia.

Para aplicar el Acuerdo se formó un Comité de No Intervención, con sede en Londres, al que se adhirieron todos los países firmantes, excepto Portugal que, aunque finalmente envió su representante, pronto rompió sus relaciones diplomáticas con el Gobierno republicano y si no reconoció antes a Burgos -lo haría el 1 de mayo de 1938- fue por las presiones británicas. El Comité, desde el principio, tuvo más un valor simbólico que real, puesto que todos los países estaban decididos a continuar su propia política, de ahí que resulte acertada la valoración de Thomas respecto a un Comité que «había de evolucionar del equívoco a la hipocresía y a la humillación, durante toda la guerra civil».

El Comité fue, en efecto, desde los primeros momentos una pura falacia, y sus intentos para controlarla no hicieron sino poner en evidencia ía intervención. Su constitución sirvió además para amparar legalmente la abstención de la Sociedad de Naciones. La República, que había participado activamente en este organismo, creyó tener derecho a un mayor apoyo por su parte. Sin embargo, dos consideraciones invalidaban su papel en la regulación de la aplicación del

Acuerdo de No Intervención: primera, que el Comité no era ejecutivo y la Liga, teóricamente, sí, y segunda, que en la SDN no estaban dos países decisivos: Alemania e Italia. No obstante, el Gobierno republicano se dirigió a la Sociedad de Naciones que, a pesar de su desprestigio tras Abisinia y Renania, conservaba aún su carácter de excelente tribuna internacional. El 25 de septiembre de 1936 Julio Álvarez del Vayo, ministro de Estado del Gobierno Largo Caballero, que acababa de sustituir a Giral, habló ante la Asamblea solicitando su intervención en España, porque la guerra civil constituía una amenaza para la paz mundial, y denunciando la ayuda descarada que los rebeldes estaban recibiendo de Alemania, Italia y Portugal, amparados en la «monstruosidad jurídica de la No Intervención». Pero la Asamblea remitió al Comité de Londres.

En cuanto a la actitud de los Estados Unidos, su política, que podríamos definir de «apaciguamiento aislado», encubría en realidad un seguimiento de la política franco-británica, y especialmente de esta última. Bowers, el embajador americano en España, había anunciado la guerra, por lo que su estallido no sorprendió. Sin embargo, dadas las circunstancias, mantenerse al margen parecía lo más adecuado. No obstante, los Estados Unidos no se adhirieron expresamente al Acuerdo de No Intervención, pero sí impusieron un «embargo moral» sobre las exportaciones de material bélico a España, lo que suponía de hecho que si un particular quería ayudar económica o militarmente a cualquiera de los dos bandos, no cometía delito alguno al hacerlo. La precariedad del embargo moral permitió que las ayudas particulares se incrementaran alarmantemente para el Gobierno norteamericano durante todo el año

36, provocando que el 6 de enero de 1937 quedase prohibida «legalmente» toda exportación de material bélico a España. Ahora bien, la gasolina -como en el caso etíope- no fue considerada material de guerra, por lo que de hecho el Gobierno no hizo ningún esfuerzo para interrumpir los envíos de la TEXACO a la España insurgente.

En cuanto a México, fue el único país que se puso abiertamente del lado de la República, cooperando desde el principio en el esfuerzo bélico. La colaboración llegó hasta el foro de Ginebra, desde donde el delegado mexicano envió a su secretario general el 19 de abril de 1937 una nota declarando que la no intervención, tal como se practicaba, era una forma indirecta de ayuda a los nacionales y estaba en flagrante contradicción con el espíritu del Pacto. México sirvió también inicialmente de intermediario del Gobierno de Madrid para la compra de aviones norteamericanos, pero el «embargo moral» estorbaba el comercio, impidiendo que alcanzase el volumen deseado. En todo caso, el monto total de la ayuda mexicana nunca podría compararse en cantidad y en calidad a la que recibían los insurgentes de Italia y Alemania.

IV. La intervención extranjera

A) Apoyo a los republicanos

Como ya se ha indicado, la ayuda rusa fue importante, pero no temprana. Stalin, que debió verse sorprendido por el Alzamiento, titubeaba ante sus intereses internacionales -la seguridad rusa frente a Alemania- y sus obligaciones morales con el proletariado español e internacional. Parece

que fue una conjunción de ambos factores lo que decidió la intervención, quedando descartado el conocido argumento político: no resulta probable que Stalin quisiera hacer de España su satélite, máxime cuando el PCE era muy débil y los sectores marxistas más fuertes (el POUM catalán) eran de inspiración trotskista. Precisamente abandonó a la República a partir de 1938[^] cuando el PCE adquiría mayor fuerza.

La intervención finalmente se decidió en noviembre y los rusos enviaron a España periodistas como Koltsov y Ehrejnburg; diplomáticos como Ro-temberg y Krivitski; militares como Malinovski, Voronov (que dirigió la actuación de los famosos tanques rusos), Kuznetsov (que intervino en la dirección de la flota), Prokofiev (aviación) y Orlov (policía); abundante material de guerra, especialmente aviones y sobre todo tanques -prácticamente todos los utilizados por la República eran de origen soviético- que resultaron ser de gran maniobrabilidad y cuyo empleo fue decisivo en batallas como la de Guadalajara. Hubo además ingenieros y técnicos que cubrieron las necesidades del material.

El costo total de la ayuda rusa se ha calculado en unos 2.650 millones de pesetas, inferior al italiano y superior, en cambio, al alemán, pero la importancia de la ayuda rusa ha de calibrarse en función de la canalizada a través de las brigadas internacionales y también por su repercusión en la política interna del bando republicano. En este último sentido, se ha valorado su influencia en los políticos españoles como un arma de doble filo y como un factor de desequilibrio por su capacidad para minar ciertas autoridades -Azaña, Largo Caballero-. También existía la impresión de que los rusos hacían un poco la guerra por su cuenta. Sin embargo, las lecciones

aprendidas en España no fueron demasiadas: la experiencia de los tanques no pudo aplicarse a las inmensas llanuras rusas, aunque la técnica empleada en la defensa de Madrid se aplicó con éxito en la de Stalingrado.

En relación con la ayuda soviética se plantea el conocido problema del oro enviado a Moscú. Realmente los cálculos sobre la ayuda rusa son muy variados, según se consulte a unos u otros autores. Como ejemplos podemos citar: Thomas, que calcula 85 millones de dólares; Tamames, que da 120 millones, mientras que la cifra enviada a Moscú ascendería a 578; Salas calcula que el dinero depositado en Moscú alcanzó las 510 Tm de oro (entre 479,3 y 517 millones de dólares); Schwartz da 500 millones, etc. Pero tal vez los datos más fiables sean los de Ángel Viñas, que se ha ocupado a fondo del tema. Viñas cree que no todo el oro del Banco de España se envió a Moscú. De las 703 Tm de que disponía, 193 se remitieron a Francia y 510 se depositaron en Moscú. De éstas, una parte se destinó a liquidar pagos de suministros y otras se transferían a París para hacer frente a los nuevos. En 1938 los fondos se habían agotado y la República hubo de recurrir al crédito soviético.

Respecto a las brigadas internacionales, este es sin duda uno de los aspectos más atractivos, y controvertidos, de la intervención extranjera en la guerra de España, lo que ha provocado al menos dos versiones opuestas del tema: una romántica, la más generalizada, y otra, dirigida a desmitificar la anterior, que las ha presentado como un ejército de mercenarios, fruto del paro europeo, formado especialmente por comunistas.

Si estudiamos la composición de las brigadas observamos que en ambas hay algo de verdad. En efecto, en ellas militaron intelectuales, políticos o

simplemente idealistas que hallaron en España el marco adecuado para librar su propia batalla contra el fascismo. Es preciso reconocer que la coyuntura europea se prestaba a esto y a mucho más. Sin embargo, también es cierto que entre ellos había numerosos líderes, comisarios y dirigentes de partidos comunistas y socialistas europeos, especialmente franceses, italianos, alemanes y soviéticos, pero fueron pocos, aunque influyentes. También intelectuales liberales y socialistas, de procedencia fundamentalmente anglosajona (USA, Gran Bretaña y Canadá). Los más numerosos fueron, en cambio, los trabajadores y proletarios franceses y belgas, muchos de ellos sin empleo y en una gran proporción mercenarios. También vinieron sindicalistas y otros miembros activos de partidos de izquierda, huidos a Francia desde Alemania, Italia, Hungría y Polonia. Finalmente, una abigarrada minoría de aventureros de las más variadas nacionalidades, indisciplinada y fácil a la deserción.

La iniciativa de su creación fue rusa. La idea surgió en la reunión de la Komintern y el Profintern celebrada en Praga el 26 de julio de 1936, aunque no llegó a cuajar porque la embajada española en París ya había iniciado el reclutamiento de voluntarios. No obstante, el Secretario del PCF, Maurice Thorez, montó en la capital francesa a finales de septiembre la primera oficina de reclutamiento, a la que se unieron pronto otras similares que surgieron en Lille, Perpignan, Marsella, Lyon y Oran. Togliatti se encargó del reclutamiento de italianos y Josef Broz (el futuro Tito) del de yugoslavos. Los extranjeros así reclutados se encuadraron en el llamado 5º Regimiento, y su base de concentración se fijó en el acuartelamiento de Albacete. El 22 de octubre, de modo

formal y solemne, nacieron las Brigadas Internacionales.

A este foco central de reclutamiento hay que añadir los cerca de 4.000 trabajadores y sindicalistas extranjeros que estaban en España al estallar la revolución (habían venido para participar en una Olimpiada del Pueblo que, por oposición a la de Berlín, iba a celebrarse en Barcelona el 20 de julio), los oficiales, suboficiales y milicianos contratados por la embajada española en París y organizaciones colaboradoras, y los hombres recluta-dos, antes de la creación de las Brigadas, por una organización clandestina de la Komintern que funcionaba en París.

Su número, como ocurre siempre al hablar de cifras, es controvertido, oscilando entre los 40.000 de Thomas y los 100.000 de Salas y Schwartz; Cas-tells da 60.000, aunque parece difícil que hubiera en los frentes en cada momento más de 15.000 extranjeros. Se organizaron en cinco brigadas. La numeración empezaba en la XI y terminaba en la XV, y cada una constaba de 3 a 4 batallones, con unos 5.000 hombres cada uno. Las tres primeras se formaron en los últimos meses de 1936, la XV en febrero de 1937 y la última en julio de ese mismo año. Su intervención más decisiva suele admitirse que fue en la defensa de Madrid, aunque la versión de Vicente Rojo y los estudios de Martínez Conde la han desmitificado. En cualquier caso, hay que tener en cuenta que no se trataba de un ejército regular, que tenían problemas de lengua y de disciplina y que su aportación fue más moral que real. Con todo, cuando en 1939 la Asamblea General de la SDN propuso la retirada de los brigadistas, a tenor del acuerdo negociado por el Comité de Londres sobre la retirada de extranjeros de ambos frentes, las Brigadas fueron despedidas en Barcelona

(15-XI-1938) con todos los honores.

Finalmente, subrayar la actitud de México, a la que ya nos hemos referido, y que contrasta notablemente con la de los principales gobiernos sudamericanos (Argentina, Brasil, Chile y Perú), que simpatizaron más o menos abiertamente con los insurgentes.

B) Apoyo a los nacionales

Sin duda la ayuda más importante recibida por el bando nacional fue la italiana, que cubrió aire, mar y tierra. La decisión de intervenir la tomó Mussolini, como ya vimos, por motivos fundamentalmente estratégicos y tradicionales de política exterior italiana. Coverdale insiste en que sus objetivos eran más negativos que positivos, es decir, se trataba más de impedir que Francia tomase posiciones en Baleares, por ejemplo, que de tomarlas él mismo. Igual cabe decir de los motivos ideológicos. La llegada al poder del Frente Popular en Francia añadió una nota más a la rivalidad franco-italiana en el Mediterráneo, y el giro izquierdista de la política española acentuaron el temor al peligro comunista. Sin embargo, el objetivo del Duce, amén de los motivos de prestigio, era también en este caso más negativo -evitar que se instalase un régimen comunista- que positivo -extender el fascismo a España-, aunque este extremo se alentase en la propaganda italiana. El factor prestigio, inseparable de un régimen como el de Mussolini, se volvió a la larga contra él, porque al ser la cuestión española casi política personal del Duce sus vaivenes e indecisiones se convirtieron, a partir de 1938, en peldaños para su caída.

El monto de la ayuda italiana, canalizada a través de una cobertura comercial (SAFNI), se ha calculado en unos 6.000 millones de liras en total (4.200 en el Ministerio de la Guerra y

1.800 en el Aire). Los italianos lo evaluaron en 14.000 millones de liras, reducidos a 7.500 en 1941, de los cuales Franco sólo aceptó 5.000 (parte de esa deuda se pagó en mineral de hierro, piritas, manganeso y aceite de oliva durante la segunda guerra mundial). Coverdale considera que el valor total del material proporcionado por Alemania se sitúa entre la mitad y las tres cuartas partes de los 6.000 millones de liras, pero, aunque el material italiano era inferior en calidad al alemán, valorando también la cantidad cree también probable que Italia contribuyese tanto como Alemania; a la victoria de Franco.

Con todo, lo más característico de la ayuda italiana fue el gran número de hombres que envió, sobre todo pilotos (la mayor parte de las fuerzas aéreas españolas habían permanecido fieles a la República), también artilleros, que instruyeron a los españoles (en marzo de 1937 los oficiales italianos establecieron varias escuelas de capacitación de cadetes, tanquistas, artilleros, ingenieros y especialistas en guerra química, que arrojaron un balance de 35.000 soldados y oficiales al acabar el conflicto). Coverdale, en cambio, no valora excesivamente la infantería italiana, sobre todo en comparación con las Brigadas. En cuanto al número de hombres, Salas ha calculado unos 100.000, aunque nunca estuvieron en España más de la mitad. La cobertura naval tampoco es desdeñable. Hubo unos 38 submarinos italianos en aguas españolas, casi todos en el Mediterráneo, y se cedieron también cuatro barcos. Los republicanos tuvieron serias dificultades para controlar la costa mediterránea, ya que sus puertos eran hostigados por los buques italianos y también desde el aire. Por ejemplo, en Valencia y Barcelona intervinieron entre 600 y 700 aviones, actuando en la toma de

Málaga, en Baleares, en Guadalajara y en la campaña del Norte, aunque con desigual fortuna.

La intervención italiana se ha valorado también desde la perspectiva de la política internacional, considerando el apoyo diplomático italiano decisivo para la victoria de Franco: si los rebeldes no hubieran recibido ayuda de, al menos, una gran potencia, es probable que Francia no se hubiera mostrado tan remisa a intervenir ni Alemania tan dispuesta a hacerlo. En un plano comparativo, y desde el punto de vista político-ideológico, se ha destacado también que la intervención Ítalo-alemana no interfirió tan decisivamente en la política interna del bando nacional como la soviética en el republicano. Franco conservó siempre la hegemonía en la planificación de las operaciones y en la toma de decisiones frente a los jefes y oficiales italianos y alemanes, cosa que no ocurrió con los soviéticos. En cuanto a las «lecciones» de la guerra, Coverdale opina que Mussolini, por falta de planificación y racionalidad, no supo aprovechar la oportunidad que como campo de entrenamiento le ofrecía España de cara a la segunda guerra mundial.

La ayuda alemana, decidida por el propio Hitler como ya vimos, se canalizó a través de la inevitable cobertura comercial (HISMA-ROWAK) que encubría una auténtica ayuda de Estado a Estado. En Berlín se había formado a tal efecto un comité conocido como «Estado Mayor W». Respecto a su contenido, aunque de Hamburgo salía cada cinco días un barco, cuyos suministros se complementaban con varios vuelos semanales, lo más importante fueron los aviones. La «Legión Cóndor», creada oficialmente en Sevilla el 6 de noviembre de 1936, comprendía 4 escuadrones de bombarderos (con 12 *Junkers-52* cada

uno), 4 escuadrones de aviones de caza (con 12 *Heinkel-51* o *Messerschmitt-109* cada uno) y un escuadrón de reconocimiento. Además contaba como apoyo con unidades de baterías antiaéreas y antitanques y con dos unidades de cuatro compañías de carros de combate (con 4 tanques cada una). A esto se uniría más tarde un grupo marítimo de especialistas de explosivos, señales y artillería que operaba desde los cruceros *Deutschland* y *Admiral Scheer*.

A diferencia del caso italiano, no vinieron soldados, sólo pilotos y equipo técnico de aviación. Respecto al número hay divergencia: Schwartz ha calculado 16.000, Tamames 30.000 y Salas unos 20.000 (en tres turnos de 6.500 cada uno). Hay que tener en cuenta también que los efectivos alemanes en España fueron incrementándose durante la guerra. En cuanto al costo total de la ayuda alemana, se ha evaluado en unos 1.600 millones de pesetas. Viñas da exactamente 1.666.957.561,63, de los cuales España aceptó en 1941 unos 1.280, habiéndose satisfecho más de la mitad en 1939 con suministros de alimentos durante la segunda guerra mundial. Los alemanes intervinieron inicialmente en el paso del Estrecho (el 30 de julio ya hay aviones alemanes en África), en la batalla del Ebro y sobre todo en la campaña del Norte, donde

protagonizaron el tristemente célebre bombardeo de Guernica.

Franco también contó con la ayuda portuguesa, que no fue nada desdeñable. En efecto, aunque no se produjo una I intervención armada directa, en España actuaron unos 7.000 portugueses -la «Legión Viriato»- encuadrados en divisiones españolas, aunque en el número también hay división: Thomas y Tamames dan 20.000, Salas 1.000 entre portugueses e irlandeses. Sin embargo, lo más importante fue el apoyo logístico, dado que en los puertos lusos desembarcaban sin ninguna traba municiones, alimentos o medicinas con destino a la zona nacional; en el mismo sentido se utilizaron los aeropuertos portugueses y la frontera lusa, que estuvo siempre abierta.

En cuanto a la ayuda marroquí, fue decisiva sobre todo en los primeros momentos; después, los soldados marroquíes, belicosos y temerarios, sembraron un especial temor en la zona republicana. Su número oscila entre los 70.000 y los 100.000.

Independientemente de la ayuda real, no es posible ignorar que la guerra de España fue un campo privilegiado de encuentro para intelectuales, políticos y hombres de toda Europa, movidos por un ideal antifascista o por un espíritu contrario. España fue, entre 1936 y 1939, aún a su pesar, la encrucijada de los destinos de Europa.

A. E. L.*

* Profesor de Historia Contemporánea (UNED).

Bibliografía

AZCARATE, P. de: *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*. Ariel!, Barcelona, 1976.

BORRAS LLOP, J.M.: *Francia ante la guerra civil española. Burguesía, interés nacional e interés de clase*. Centro de Investigación Sociológica, Madrid, 1981.

CATTELL, D.T.: *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War*. Univ. Of California Press, Berkeley, 1957.

GUTTMANN, A.: *The Wound in the Heart: America and the Spanish Civil War*. The Free Press of Glencoe, New York, 1962.

HARPER, G.T.: *German Economic policy in Spain during the Spanish Civil War*.

1936-1939, Montón & Co, París-La Haya, 1967.

SALAS LARRAZABAL, J.: *Intervención extranjera en la guerra de España*. Editora Nacional, Madrid, 1974.

SCHWARTZ, F.: *La internacionalización de la Guerra Civil española, Julio de 1936-Marzo de 1937*. Ariel, Barcelona, 1972.

SMITH, L.E.: *México and the Spanish Republicans*. Berkeley, 1955.

VIÑAS, A.: *El oro español en la guerra civil*. Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1976.

VIÑAS, A.: *La Alemania nazi y el 18 de julio*. Alianza Editorial, Madrid, 1977.

WATKINS, K.W.: *Britain Divided. The effect of the Spanish civil war on British Political Opinion*. Thomas Nelson & Son, London, 1963.